

Visita al Salón de Arte Abstracto

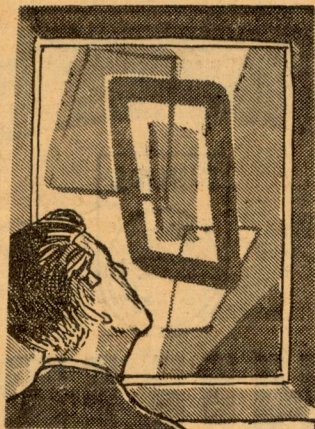
por Sebastián Salazar Bondy

444
21/1/58

Es loable el hecho de que se organice entre nosotros un salón de pintura abstracta y, más aún, que el Museo de las Artes le dé cabida en sus amplias salas. Las tendencias no-figurativas del arte contemporáneo constituyen la expresión de una búsqueda plástica que no es lícito rechazar, como gran parte del público poco entendido lo hace, por meras consideraciones de gusto o concepto. El acierto de las teorías que sustentan esta corriente estética lo dejará sentado, si lo tuviere, el tiempo, y su yerro, asimismo, quedará determinado en el futuro. La postura, pues, que mejor conviene adoptar ante tales expresiones es la que, libre de prejuicios, juzga friamente la significación y la trascendencia de la actitud abstracta, primero, y de cada una de las realizaciones individuales, después. Claro que no resulta menos arbitraria la reacción bisoña (que a veces alcanza la tesitura de la agresión) que la idea de "progreso" que los organizadores del salón han insinuado en las líneas prologales del catálogo respectivo.

Luego de un recorrido por las tres grandes estancias del local del Paseo Colón, donde por ahora están alojados nuestros abstractos, se concluye que, en general, la personalidad de los pintores queda diluida en el propósito que a todos los anima de ser antes que nada adherentes a la más reciente tendencia pictórica. Hay un sacrificio de la individualidad y, por ende, de la originalidad, lo que en muchos equivale a una lamentable mutilación. En manos del pintor abstracto sólo hay dos elementos: formas y colores. Con ellos ha de expresar el infinito mundo interno y externo del hom-

bre que el arte, desde su origen, ha asumido. Se trata, entonces, de una prueba de austeridad y síntesis, de concentración absoluta, cuyo logro es algo más difícil que difícil. El extremo abstracto es, en resumidas cuentas,



una prueba de poder, y tal vez sirva para hacer patente cuándo un pintor pone el color en la tela por un impulso creador y auténtico, y no por un prurito exclusivamente lúdico. Que se diga que el Salón de Arte Abstracto trasunta en conjunto escasa originalidad, no significa que ello sea un defecto de los pintores nacionales adscritos a dicha tendencia, puesto que la misma verificación puede hacerse en muestras colectivas semejantes del extranjero, incluidas las de París.

La pintura no-figurativa, de otro lado, puede convertirse —y se ha convertido, en verdad— en refugio de aquellos que por incapacidad no pueden lograr la más simple representación. También es asidero de la frivolidad disfrazada, de esa que se ampara en los signos oscuros para contradecir la opinión del público

grueso. Por último, la abstracción, por elegir la depuración anecdótica del cuadro, conduce a la simple decoración, transformando la pintura de esencial en accesoria. Estos tres desvíos son evidentes en la exposición del Museo de las Artes, en la que cerca de una treintena de pintores presentan poco menos de un centenar de lienzos. Espigar de allí lo que verdaderamente se ofrece como legítimo, porque es sincero y bello, no es complicado. Se pueden señalar los nombres de Enrique Kleiser, cuya armonía cromática se adecua a su estilizada sintaxis y afecta gratamente al espectador; Benjamín Moncloa, uno de cuyos cuadros ("Hot jazz") tiene una vibración, una vida, podríamos decir, de que el resto carece, y Fernando de Szyszlo, el mejor de todos, en quien la abstracción no impide jamás la creación de un universo propio, apasionado y arrebatador. Otros cuadros tienen valores parciales cuya enumeración no corresponde hacer aquí. En resumen, la amplitud del salón promete más de lo que, a la postre, el visitante se lleva consigo.

Es preciso, sin embargo, dar vida periódica a esta exhibición, pues sólo del cotejo, de la emulación, de la polémica, de la suscitación de teorías e ideas, la cultura adquiere el nivel propio a una ciudad moderna. Los organizadores del salón aludido debieran, eso sí, en adelante someter la selección de las piezas a una comisión cuya exigencia fuera garantía de una mínima calidad, ya que, especialmente en el campo de esta manera pictórica, la falsificación conspira siempre contra el saldo positivo de la totalidad. Estar al día en el arte no es necesariamente un mérito, tal vez porque el mérito es, se obre de uno u otro modo, responder a un llamado profundo y dar respuesta clara a un interrogante eterno.